

otoño, en los acantilados de la bahía, me señalaba el barranco en el que se mecían las copas ya amarillentas de las hayas. Y añadió:

—Algunas veces me he atrevido á hablar de mi carácter, de mi energía y de mi abnegación; pero ante estos árboles ya no hablo de ello.



## XXV

### Los ojos.

Los hay que lo dicen todo; los hay que no dicen nada; la mayor parte sólo expresan una ó dos cosas, siempre las mismas.

Desde que la literatura comenzó á celebrarlos, en prosa ó en verso, nuestros ojos son un asunto que aún no se ha agotado. En ellos busca el amor y rara vez el pensamiento. Nos tratan muy mal infinidad de poetas que no escriben para disgustarnos. En nosotras sólo aman el amor que por ellos sentimos ó podamos sentir, y nos condenan á representar siempre el mismo papel y á no pasar de cierta edad. Algunos, los más grandes han dado muestras de un realismo extraordinario. ¿No es Homero el que habla de diosas y de mortales «de ojos de becerra?» Quería expresar el gran tamaño de esos ojos, su placidez, sus densas negruras en las que sólo se reflejan los campos y las hierbas. Gustaba de emplear imágenes pastoriles. Y confieso que ésta, por desagradable que sea, la he

recordado muchas veces. En un tranvía, en el tren, en la calle, en un salón, la mirada de una vecina, de una transeunte me ha hecho pensar: «¡Tiene razón! ¡Oh! anciano que sabías cuán crueles verdades puede encerrar y ocultar una palabra elogiosa! Las jóvenes griegas, sonreían orgullosas de que un poeta tan grande admirase sus ojos. Había puesto en verso los pensamientos de sus amantes. Lo demás importaba poco.» Los modernos han inventado ó repetido cien fórmulas, en las que parecen más prendados del color que de la forma de los ojos; en las novelas y en los tomos de poesías, he leído mucho sobre el irresistible atractivo de los ojos color de violeta, ó negros como la noche, ó jaspeados, ó azules, ó de color de lino. Pero casi siempre, estos ojos son ojos que aman. Y me parece á mí que he encontrado en el mundo, con más frecuencia que esos escritores, ojos que piensan.

¡Qué cosa tan sublime! ¡La belleza que piensa! Atrae é intimida; gusta de acercarse á nosotros, nos habla, nos sonríe, pero guarda en sus ojos la inmensidad desconocida de dónde viene, en dónde ha estado completamente sola, adónde volverá, adónde la llevarón sus alas que ha plegado un instante, por compasión hacia nosotros.

Esta emoción deliciosa y cruel me la han hecho experimentar algunas religiosas, sobre todo una á quien conozco mucho. Es bella y no lo sabe. No se mira al espejo cuando se ajusta su toca y se prende su velo. Si fuese fea, sus compañeras la acogerían

con las mismas muestras de cariño fraternal. Cuando entra, y me mira frente á frente y dice: «Buenos días», parece que con ella entra un rayo de sol. Cuando añade: «¡Cuánto me alegro de verla! Deme usted noticias de todos aquellos á quienes amo. ¡Me acuerdo tanto de ellos! ¿En dónde está éste? ¿Qué hace? ¿Y aquélla? ¿Y la otra?» Siento pasar sobre mí, como un ola inmensa y formada en alta mar, todos los pensamientos de aquella alma, toda su ternura, todos sus recuerdos, y algo desconocido, sublime y delicioso, ante lo cual caería de rodillas; pero ella no lo consentiría.

Recuerdo también una mujer á la que jamás veré y que sin embargo, me ha hablado, me ha mirado, y ha dejado en mi corazón la imagen de sus ojos claros. El recuerdo es aún reciente. Viajaba yo por Inglaterra y me detuve, un día, en una ciudad universitaria. Me hospedaba en casa de uno de los directores de ese célebre colegio en donde sirven de marco á la juventud las paredes esculpidas y musgosas, los claustros, el parque á orillas del río, los olmos venerables, y todo el pasado vigoroso y poético. Habíamos visitado la biblioteca, llena de tesoros amados,—hay tantos en otras partes que no lo son,—la iglesia en donde los sillones de los monjes y los canónigos de otros tiempos se conservan piadosamente por los actuales poseedores, y por último, subimos á las habitaciones particulares del director, á esperar el almuerzo que debía tener lugar á las dos y media. Me puse á examinar una se-

rie de retratos de los alumnos más distinguidos del colegio; fotografías ó grabados colgados en las paredes del recibimiento. También había reproducciones de cuadros ingleses ó italianos, pocas y escogidas, iluminadas por la luz que penetraba por los grandes ventanales. Y de repente exclamé:

—¡Oh! ¡Qué maravilla!

El anciano profesor inglés, muy delgado, muy grave, con el pelo completamente blanco, no me respondió; pero ví que se emocionaba.

—¿Quién es esta mujer admirable? ¿Es un cuadro antiguo? ¿Quién lo pintó? En el rostro no se adivina la fecha en que fué ejecutado. Esa mujer es inmortal.

—Aún vive—me dijo.

Era una fotografía de un tamaño menor que el natural. La cabeza levantada y vuelta hacia el espectador, recordaba por sus líneas esas esculturas antiguas que tan intensamente expresan el reposo, el equilibrio, una especie de armonía más que humana. Nada de gracia picaresca, nada de afeites: tenía las mejillas llenas, la boca regular, el pelo abundante y vaporoso, rubio seguramente, levantado en torno de la frente. Lo que causaba admiración eran sus ojos. Sus ojos claros y profundos, ardientes y como exentos de la preocupación de parecer bellos. ¿Por qué casualidad al mismo tiempo que su imagen habían entregado su majestad, su secreto y hasta su pensamiento que había quedado grabado en aquella hoja de papel? No lo

sé. Yo hablaba con ellos como con unos ojos llenos de vida. En ellos admiraba una inteligencia lozana y audaz, plétórica de ideas que no se encuentran en los libros, pero que halla el espíritu en sus viajes á través del mundo y que le siguen por sí solas, sin atormentarle, como el sol á los veleros. ¿Cuál era la patria de aquella mujer extraña? ¿A qué clase de sociedad pertenecía? ¿Era rica ó pobre? ¿Culta, ignorante, desconocida ó ilustre? Nada había que lo indicase. El vestido, un poco escotado y dejando ver el nacimiento del cuello, parecía ser de una tela oscura y común.

Mi huésped me había hecho ya señas varias veces, pero no pudo conseguir que yo le hiciese caso. Por detrás de nosotros habían pasado algunos bultos sin que yo comprendiese lo que aquello significaba. El anciano gozaba silenciosamente con mi admiración. Al fin, me dijo:

—Es el retrato de la mujer de un poeta escocés, también poetisa. Es una de nuestras amigas más queridas, á pesar de la diferencia de edades. La fotografía que le ha llamado á usted la atención y que es una obra maestra, está hecha por una antigua criada de casa. Sí, por una criada que era, sin saberlo, una artista genial.

—La verdadera obra maestra, caballero, es el modelo.

El anciano humanista se volvió hacia mí. Una viva alegría, la de un recuerdo predilecto, hacía temblar las blancas pestañas que orlaban sus párpados. Respondió con lentitud apasionada:

—Dice usted bien. Cuando nos honró con su visita, hace ya tres años, yo estaba en el fondo del jardín. Me llamaron. La ví de pie, al sol, en lo alto de la escalinata. El viento jugueteaba con sus cabellos de oro. Me miraba acercarme, me miraba con esos ojos de los cuales la fotografía no puede dar sino una idea vaga. Jamás he visto nada que más se pareciese á un sueño.

Se inclinó.

—Señorita—añadió—hace ya diez minutos que mis invitados y mi familia han bajado al comedor. Si usted gusta, iremos á reunirnos con ellos. Y ello me costará tanto trabajo como á usted.

Los ojos que piensan, los ojos de mujer, en los cuales hay algo más que cariño, los he visto en todas partes, hasta en el campo. En las granjas, en las aldeas, viven seres superiores. Había una mujer que tenía en la mirada un poder singular y que vivía en nuestra Beauce, en donde no siempre son muy agudos los entendimientos, y en donde el pensamiento no está fijo en el cielo ni en los límites extremos de la tierra. Se llamaba Fernanda. Ella y su hermana Luisa eran las mejores costureras del pueblo. Ambas, atareadas desde por la mañana hasta por la noche, y desde el 1.º de Enero al 31 de Diciembre, sin holgar más que los domingos, trabajaban unas veces en su casa y otras fuera de ella, pero siempre para los demás. Decían: «Se parecen tanto que todos las creen mellizas, y ambas se han olvidado de ser tontas». Este olvido no se lo per-

donaban fácilmente. Ellas se vengaban chismorreando á más y mejor, sentadas una junto á otra, mientras que transcurría el día sin que cesase el ir y venir de la aguja. Su elegancia, su esbeltez, sus negros ojos y sus rostros sonrosados, eran igualmente ponderados por todos. Las viejas, que ya no son voto en la materia, decían: «Si yo tuviese que escoger, no sé por cuál me decidiría». Pero, si ambas tenían la imaginación viva, Fernanda era la única que poseía ese corazón inquieto que el trabajo del día no consigue adormecer. Estudiaba la fisonomía de las personas y de los animales; sacaba siempre una consecuencia de las historias que le contaban; saboreaba la belleza de los crepúsculos; pensaba en el mundo, que no conocía, y hasta en la muerte, y todo esto era causa de que su alma fuese más grande que la de su hermana Luisa. Pero, en nada se advertía, y, para todos sus convecinos, eran perfectamente iguales.

Una noche que por casualidad habían trabajado separadas, una en su casa y la otra fuera de ella, Fernanda, que volvía de una de las granjas situadas en la cima de una de nuestras grandes lomas boceronesas, encontró á Luisa muy cambiada, inquieta, caprichosa y silenciosa contra su costumbre. «¿Qué te pasa esta noche?» Observó, pronto descubrió que Luisa no estaba triste; á poco adivinó el secreto. ¡A Luisa la amaba un hombre! ¡A Luisa se le había declarado aquella tarde un pretendiente! Luisa se preguntaba si correspondería á aquel amor, y la duda no era ya posible.

¿Por qué estaba preocupada? A media noche, como estuviesen todavía hablando y Fernanda preguntase por vigésima vez: ¿Qué te pasa? Luisa se levantó de repente, la miró con dureza, y la dijo:

—¡Me dan miedo tus ojos!

La asustaba la expresión de aquellas pupilas. El pretendiente volvió, y Luisa tuvo buen cuidado de citarle en el otro extremo del pueblo, en el jardín de una amiga. El pretendiente era un buen hombre, algo tosco, que no tenía aficiones de conquistador y que se contentaba con los ojos de Luisa y con los ahorros de la joven. Sin embargo, á los tres meses de «hablar» con Luisa, ocho días antes de la boda, las mellizas se separaron.

Fernanda, hecha un mar de lágrimas, vino á verme. Se marchaba. Iba á ganarse la vida á otro pueblo en donde tenía una parienta. Lloraba, acusaba á su hermana, y decía:

—¡Míreme usted, señorita! ¿Acaso soy yo una coqueta?

—¡Oh! no, Fernanda!

—Pues bien, señorita; á pesar de ello mis ojos tienen la culpa de que me marche! Mi hermana está como loca. Creerá usted que ayer me dijo: «¿No puedo resistirte. Cuando clavas los ojos en mí, miro á ver si *él* no está delante?»

Yo la miré. Y sin decir nada, eché la culpa de todo á la que se marchaba. Sus ojos eran de los que piensan, los de la otra de los que no hacen más que amar.



## XXVI

### Fraternidades.

CUANDO un remedio se ha empleado durante mucho tiempo, cuando ha sido ensalzado y premiado por los Institutos, anunciado en las esquinas, ponderado en los periódicos, cuando ha enriquecido á un boticario y dado bastante á ganar á infinidad de corredores, llega un instante en que el medicamento desaparece casi súbitamente. Ha sido reemplazado como un empleado que se ha portado mal. Pasa á la historia. Los médicos jóvenes se ríen cuando oyen hablar de él; los viejos también, por olvido. Ha concluído. ¿Sirvió? Difícil es decirlo. La enfermedad subsiste, y se ensaya para combatirla una nueva ilusión, orgullosa, exclusiva. Tal es la suerte de los remedios. Pero he observado que las pastillas, los jarabes, las pastas pectorales, en una palabra, las golosinas terapéuticas se sustraen á esta ley. Viven siglos y siglos alegremente, como sus hermanas las tisanas, las cuatro raíces, la manzanilla, el cocimiento de manzanas de la reina, la malva y el malvabisco, y me parece que la causa prin-

cipal de esto es que se nos presentan sin pretensiones. Ninguna de estas medicinas ha afirmado jamás: «Yo os curaré.» Prometen sólo calmar nuestros males, y su éxito no es fugaz.

Lo mismo pasa con los remedios sociales. El amor fraternal, el saludo de una persona á otra, el hombre que sabe decir «buenos días», los ojos que saben compadecer, los oídos que saben escuchar, hacen más por la paz del mundo que todos los sistemas. Hay un arte que enseña á no hacerse odioso, que es tanto más complicado, cuanto más elevada es la posición social y más evidente la opulencia. Se encuentran dos obreros: el que le ofrece al otro un vaso de vino tiene la seguridad de haber cumplido sobradamente con las leyes de la cortesanía. Pero el señor alcalde, que atraviesa por la mañana el pueblo y se dirige á la alcaldía, ¡qué excelente diplomático ha de ser para no ofender á nadie! «Tío Tal, señor Cual, caballero, amigo mío», en cuanto ve de lejos á una persona debe elegir el tratamiento que el protocolo determina. ¡Que no se equivoque! ¡Que no confunda los términos! De hacer tal, su popularidad quedaría muy mal parada. Y la perdería por completo si dejara de ser: bondadoso con el alcohólico impotente que reclama á la sociedad el refugio á que tiene derecho todo borracho; familiar con el chiquillo que se dirige á la escuela; amable, tierno, dominado por cuatro cariños, completamente administrativos, si encuentra una madre seguida de sus tres hijitas; digno con el maestro, su superior, aunque

tal cosa sea un secreto; digno también con el bombero, cuyas sollicitaciones de crédito para la bomba inútil agobian al presupuesto municipal; confiado con el peón caminero que engaña á su alcalde; cordial y reservado con el cura, ya que en estos tiempos no se puede ser clerical impunemente. ¡Pobre hombre! ¿No es verdad? Y eso suponiendo que ocupe una posición modesta, suponiendo que sea un labriego enriquecido ó un comerciante retirado. Pero si vive en un «castillo», —bien lo haya heredado ó comprado, que esto importa poco—ya no es habilidad, flexibilidad, bondad, lo que necesita para ser popular, sino talento. A la menor palabra invocan en contra suya la historia de Francia, esa historia adulterada de la que se sirven como de una piedra para afilar todas las armas de hoy. La juventud no es una excusa, os lo aseguro, y el parecer rico no es una falta insignificante. Porque muchas veces la opulencia que nos envidian no existe más que en la imaginación de los pobres. ¡Tienen una idea tan extraña de la fortuna! En cuanto ven á un hombre que no se ocupa en un trabajo manual, le atribuyen una fortuna inmensa que nadie sabe de dónde procede, y á la que acompañan, ¡ay!, toda clase de vicios. Le juzgan avaro, orgulloso y «sin corazón». Las pruebas para demostrar lo contrario, son difíciles de exponer, y fáciles siempre de destruir.

Para barrer las salas de nuestro dispensario en París, teníamos un viejo que había sido peón caminero, de rostro amoratado y temo que de ideas avanzadas,

el cual entró en el dispensario por equivocación un día que estaba ebrio y no tenía trabajo, según decía. Es un fauno que se ha tornado respetuoso á la vejez. Su barba hirsuta, sus ojos inyectados en sangre, su voz siempre bronca, imponen respeto, durante corto tiempo, á las madres del barrio que llevan sus hijitos á que los vea el doctor. En cuanto van dos veces ya no le tienen miedo. Pero la primera le escuchan, hacen menos ruido y se sientan en la silla que él les indica. Con esto se contenta, se cree un personaje importante. Las viejas como yo tenemos cierto derecho á reprender, aunque debemos sujetarnos á innumerables condiciones: evidencia y gravedad de la falta, prolongada tolerancia antes de la reprimenda, dulzura en la expresión, en la voz, en el gesto, etc. Pero las jóvenes, las pollitas, á quien un sentimiento caritativo conduce una ó dos veces por semana á este almacén de muñecos, ¿creéis que pueden juzgar al «obrero»? Pues no. Y esto lo olvidó la señorita de Saint-Franchy, esa preciosa criatura, dos veces aristócrata, descendiente de una antigua familia irlandesa por su madre y de una noble rama nivernesa por su padre, la más linda de nuestras auxiliares, pero la menos iniciada en ese conocimiento del orgullo, que es el principal fundamento de la ciencia de mandar.

Al entrar ayer mañana en el dispensario, ví que la sala de espera no estaba arreglada. Los bancos y las sillas no aparecían colocados unos frente á otros. Por el suelo había hilachos, pedazos de algodón en rama,

migajas de bollos y la cabeza de una muñeca. Entré en la sala de consultas. La señorita Saint-Franchy se ocupaba en apuntar las observaciones médicas del día anterior. No estaba sonrosada, sino roja. Levantó la cabeza.

—Qué quiere usted,—me dijo.—Pedro se niega á barrer, á limpiar el polvo, á colocar un banco en su sitio, á todo, á todo...

Llamé. Pedro no acudió. Me dirigí entonces á la habitación en que guardamos nuestro archivo y nuestras medicinas, y abrí la puerta que da al patinillo; allí estaba Pedro, muy encarnado también—como siempre, por supuesto—y lavándose las manos, como hace todas las mañanas cuando «termina su trabajo».

—Pedro, ¿y la escoba?

—Ahí la tiene usted, señorita.

Y con la mano mojada me señaló la escoba, que estaba caída en el suelo.

—¡Vaya con Pedro! ¿De modo que me deja usted?

Indudablemente esto lo debí decir lo mismo que lo pensaba, con cierta pena. Pedro sacudió sus manos, se las secó lentamente, y luego, mirándome con esa autoridad de los hombres que están seguros de lo que dicen, exclamó:

—No, señorita, no pienso marcharme. Es que no trabajo más, sencillamente.

—¿Por qué?

—¡Porque la señorita de Saint-Franchy se ha creído sin duda que estamos en los tiempos de Luis XVI!

—¿Es posible? ¿En los tiempos de Luis XV? ¿La señorita de Saint-Franchy?

—¡La misma! Figúrese usted que hace un momento viene y me dice, poniéndose muy tiesa: «Pero, ¿qué hace usted, Pedro? Son las ocho y todo está lleno de basura. ¡Hágame el favor de barrer mejor!» ¡Hágame el favor! ¡ni que fuese un rey! ¿No vivimos en un país republicano? Señorita, á usted le confieso que puedo merecer una observación. Pero una lección, nunca: vivimos en un país republicano. Y esa niña, esa Saint-Franchy se olvida siempre de esto. Si hubiese venido y me hubiese dicho: «Pedro, es menester que barra usted mejor», nos hubiésemos entendido. Pero «¡Hágame el favor! ¡Hágame el favor!» Por eso no la obedecí. La señorita comprenderá por qué.

Yo hice como que lo comprendía. Pedro recogió su escoba.

Y esto mismo sucede en todas partes, en el Norte y en el Sur, en el Este y en el Oeste. Después de la India el verdadero país de las castas es el nuestro. Todo aquel que quiere ser influyente, aunque no sea más que entre sus vecinos más cercanos, debe conocer diez sociedades distintas, cada una de las cuales tiene sus leyes de honor, su código de cortesía, muchas veces su idioma, y su amor propio siempre.

Pues bien; en esta Francia abatida existen infinidad de hombres y de mujeres que dominan el difícil arte de aliviar las desgracias humanas, de procurar un poco de tranquilidad á sus semejantes, de infundir en ellos al-

guna esperanza. Unos lo hacen por amor de Dios, otros solamente por amor al prójimo. Un observador atento que estudiase un barrio de cualquiera ciudad de Francia, se quedaría al pronto aterrado al ver tanta miseria. Pero si perseveraba, comprendería que no consiste todo en descubrir los males y en señalarlos. Admiraría la ingeniosa ternura que visita, no á todos los desgraciados, pero sí á muchos de ellos. La soledad en medio de la desgracia es aun una excepción en esta Francia penetrada de caridad. Tiende á ser menos rara, y las causas serían muy fáciles de adivinar. Pero nadie conoce las leyes á que obedece esa invisible amiga que se llama piedad. Hace prodigios. Aparece cuando nadie la espera. Se está ocupando ya del desgraciado cuando éste se cree olvidado. Los que buscan para socorrerlos á los seres más pobres, á los más abandonados, á los más enfermos, á los niños que más en peligro se hallan, cuando se dirigen á la casa del pobre suelen encontrar las huellas de lo desconocido que les ha precedido. «—Dígame usted, señora, ¿es efectivamente la bruñidora del 42 la que se ha quedado viuda? —Sí señorita; ¡qué pena! —¿Queda con tres niños? —Nada más que con dos; porque la vecina del entresuelo, que está bastante bien, se ha encargado del mayor. Y además, han recogido en el barrio un poco de carbón: es una cantidad pequeña pero esto siempre es un consuelo, en medio de la desgracia; ¿no le parece?»

¡Fraternidades! Las aldeas saben de ellas más que



las ciudades. He interrogado á varios alcaldes de pueblo, y entre ellos, á muchos de esos «nobles tronados», de los que todo el mundo se burla, pero que nadie reemplaza cuando los echan de sus fincas; á muchos directores de industrias rurales, dueños de molinos ó de hornos de cal, herreros y labradores. Todos se quejaban de las molestias del cargo, de los abusos de los prefectos, de las envidias, de las ingratitudes, de las traiciones, que son la moneda que circula con más profusión hasta entre los pobres. «Entonces, ¿por qué no lo deja usted?» No niegan que es por algo de amor propio ó de interés. La mayor parte añaden, sin embargo: «No dejo el cargo, porque mi conciencia no me lo permite, pues siendo alcalde puedo impedir que se haga mucho mal y hacer mucho bien.»

¡Fraternidades! Creo que su papel tiene una importancia inmensa. Tal vez gracias á ellas la sociedad conserva aún el equilibrio.

---



## XXVII

### La herencia del tío Mannoir.

EL señor Le Bidon, que tenía la costumbre de cortar en dos su apellido porque esto le parecía indicio de nobleza, ex-constructor de carruajes, ex-aspirante á concejal de Orleans, estaba algo enemistado con el banquero Mannoir, su primo. No le faltaban motivos. El principal, el más humano, era la diferencia que había entre sus fortunas, entre sus posiciones sociales, entre las libertades que éstas autorizan. Precisamente á Le Bidon le parecía que no gozaba de libertad desde que se había retirado de sus negocios. Antes sí la había disfrutado, mientras vivió entre sus obreros que trabajaban á su lado y le llamaban familiarmente «abuelo», y entre sus parroquianos, á los que recibía con una obsequiosidad impertinente, por haber leído en los periódicos artículos que le gustaban mucho, contra «los que consumen y no producen» y por haber sufrido numerosos retrasos en el pago de sus facturas. Cuando el automóvil se puso tan en boga, se decidió á